



**GONZALO
SUÁREZ**

**LA MUSA
INTRUSA**



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse



@litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

GUÍA DE PERSONAJES

Gonzalo Padrón: nieto del autor.

Pauline: madre de Hélène.

Hélène: mujer del autor.

Francisco Achaíta: funcionario de Correos.

Fausto: perro del padre del autor.

Gonzalo Suárez Gómez: padre del autor.

Sylvia (Suárez Morilla): hermana del autor.

María Morilla: madre del autor.

Sixto Pérez de Urbel: amante de la madre del autor.

Helenio Herrera: entrenador de fútbol.

Fiora Gandolfi: periodista italiana.

Doña Pepita: bruja del Paralelo barcelonés.

Marcel Girard: padre de Hélène.

El hombre que hablaba con Dios.

Andrés Vicente Gómez: productor de cine.

Claudio Rodríguez: poeta.

Carlos Suárez: hermano del autor.

Familia Panero: vecinos de Ibiza, 35.

Ben Barek: jugador de fútbol.

Pepín «El Nuestro»: célebre lugareño.

André Courrèges: modisto.

Maurice Ronet: actor.

Nicoletta: cantante.

Victor Kerdonkuff: representante de actores.

Alexandre Astruc: director de cine.
Lisa Mitchell: secretaria de Ray Bradbury.
Ray Bradbury: escritor de ciencia ficción.
Sam Peckinpah: director de cine.
Katy Haber: secretaria de Peckinpah.
Loreley: personaje de *Doble Dos*.
King Kong: gorila.
Ken Hyman: productor de la Universal.
Panchito Kowalski: guionista.
Anne-Hélène: hija del autor.
Sylvia (Suárez Girard): hija del autor.
Gonzo: hijo del autor.
Elsa: hija del autor.
Donald Pleasance: actor.
Michael Dunn: actor.
Matthew: hijo de Sam Peckinpah.
Max Aub: escritor.
Julio Cortázar: escritor.
Carmen Balcells: agente literaria.
Joaquín Lledó: escritor y cineasta.
Emiliano Piedra: productor de cine.
Ricardo Muñoz Suay: productor ejecutivo de *Ditirambo*.
Vicente Aleixandre: poeta y premio Nobel.
Doctor Aragón: médico de niños.
Salomón Resnick: psiquiatra.
Isabelle Clerc y Alberto Puig Palau: amigos.
Colita: fotógrafa.
Eduardo Mendoza: escritor.
Eugenio Trías: filósofo.
Juan Cueto: escritor y ensayista.

Ana María Moix: escritora.

Jose Luis Guarnier: crítico.

Modest Cuixart: pintor.

Joaquín Jordá: director de cine.

Vicente Aranda: director de cine.

Pedro Carrasco: boxeador.

La musa intrusa: caso sucedido en Dinamarca.

**Breve preámbulo a lo acontecido cuatro siglos
antes en un castillo de Dinamarca y anecdóticos
precedentes autobiográficos del autor que
nos habla de su vida y sus amigos, y sus
amigos nos hablan de él**

Me disponía a escribir un prólogo al relato del trágico suceso acontecido hace más de cuatro siglos en un castillo de Dinamarca, cuando el viento abrió de golpe la ventana y, al ir a cerrarla, llamaron a la puerta. Dejé la ventana abierta y acudí a la llamada. No había nadie. Eran las doce de la noche. Encendí la luz de la escalera. Me asomé al hueco del ascensor y el serpenteo de los escalones descendentes me produjo vértigo. Miré entonces hacia arriba y el ascensor estaba abajo. En tan corto espacio de tiempo, nadie habría subido ni bajado, deduje. Ni en ascensor. Ni andando. Sin que se oyera chirrido de poleas ni crujido de pasos. En éstas estaba, cuando la corriente de aire cerró la puerta de casa a mis espaldas. Maldije. En pijama y sin llaves. Demasiado tarde para despertar a un vecino y llamar al cerrajero, me senté en un peldaño. Se apagó la luz. Desordenados pensamientos, reflexiones, recuerdos, anécdotas y sueños, tomaron al asalto mi cerebro. Se sucedían unos a otros sin que pudiera detenerlos y, en la silenciosa oscuridad, cosas del pasado invadieron mi memoria, y comprendí que lo

acontecido cuatro siglos antes en un castillo de Dinamarca no requería prólogo sino reveladores antecedentes personales del caso, por superfluos que parecieran.

También me pregunté quién habría llamado tan intempestivamente a mi puerta. Debía de estar arriba cuando miré abajo. Y abajo cuando miré arriba. Era ella. La aviesa musa intrusa que, en el jardín de una mansión señorial, acabaría conduciéndome a través de los setos de un intrincado laberinto hasta el estanque donde se reflejaba entre nenúfares el ramaje de una encina centenaria bajo la que se había perpetrado un abyecto asesinato. Me puse en pie y, como si con ello iniciara una investigación, bajé de uno en uno los peldaños. O de tres en cuatro.

**La mujer alta, la avispa y la cucaracha, la sombra
que siembra el cuerpo, la bicicleta del cartero y
un verano en Venecia río abajo**

La noche del 4 al 5 de agosto de 2015, soñé que estaba en un paraje de falsas rocas. Un decorado de cartón piedra donde los que entraban se perdían. Producía angustia, aunque se supusiera que sólo se trataba de una atracción de feria. Algunos gritaban. Yo estaba cada vez más inquieto porque andaba y no encontraba la salida. De pronto, comprendía que era el decorado, y no yo, lo que se movía dándose la sensación de que avanzaba sin saber hacia dónde. Al día siguiente, me sorprendía estar en casa entre muebles y paredes de mi entorno familiar, ¿acaso el sueño es sólo un cambio de decorado?

Mañana cumpliré sesenta y siete años y, de repente, hoy cumplo ochenta y cuatro. Hace sol en la playa y tormenta en la montaña. Pongo el reloj a las 5.20. Retumba el trueno. Las hojas se mecen bajo la lluvia. Apago las luces y cierro los ojos. Somos un rumor que surca la memoria. Cuando voy y vuelvo, ¿dónde queda el camino? Acostúmbrate a morir en cada instante, me digo, puesto que cada instante mata, y deslízate por el tiempo como un niño por un tobogán. O deja que las huellas precedan a los pasos y la palabra al pensamiento.

La noche del 30 de agosto de 2014, a los ocho años de edad, mi nieto Gonzalo tuvo un sueño que podía equipararse a los terroríficos cuentos infantiles de antaño. Así me lo contó:

–Había invitado a un amigo y, como nos acabábamos de mudar, mi amigo tenía mucha curiosidad por conocer mi nueva casa. Se puso a abrir cajones hasta que uno lo absorbió y lo transportó al mundo de los muertos. Como teníamos el poder de teletransportarnos, regresó al mundo de los vivos y me dijo que era muy divertido el mundo de los muertos, y me pidió que fuera con él. Entonces, me armé de valor y, utilizándolo como guía, entré en el cajón. Después de varias horas en el mundo de los muertos, pregunté a mi amigo cómo se volvía a casa. Y me dijo que nos teletransportásemos...

–¿Y cómo era el mundo de los muertos? –le pregunté.

–Mejor no describirlo, sobre todo la parte del diablo –respondió.

–¿Cómo era el diablo?

–Grande y negro, ojos rojos, voz de ultratumba.

–¿Y os teletransportasteis?

–Lo intentamos, pero no funcionaba... Nos vimos atrapados. Después de medio mes al otro lado, nos encontramos con un viejo sabio que podía ir al mundo de los vivos cuando quisiera. Le pedimos que abriera el cajón por donde habíamos entrado. Lo abrió y, cuando estábamos saliendo, el diablo nos cogió por los pies y nos volvió a meter.

–¿Y qué pasó?

–Después de otro medio mes, pedimos ayuda a Dios, que era una chica...

–¿Guapa?

–No le vimos la cara, era muy alta. Nos dijo que abriría el portal general. Pero más tarde, cuando el diablo estuviera dormido. Y cuando el diablo se durmió, ella nos lo abrió. Y volvimos a casa con mi bisabuela, Pauline, a la que había encontrado en el mundo de los muertos...

Su bisabuela, Pauline, madre de Hélène, había muerto el 30 de julio de 2010 en un hospital de las afueras de París, ¡oh, sarcasmo!, llamado Plaisir. En sus últimos días, la recluyeron en una zona de tratamientos paliativos donde, como zombis, merodeaban por los pasillos pacientes con alzhéimer. A veces, entraban en su habitación y la miraban desde un cuerpo a la deriva emancipado para siempre de la memoria.

Pauline era una mujer de fuerte carácter y mucho sentido del humor. La noticia de su muerte, a los noventa y seis años, había impresionado mucho a mi nieto. Intenté infundirle ánimos y valor.

–Pero yo tengo miedo –respondió.

Le dije que el valor consistía precisamente en tener miedo y superarlo. No le convenció. Me vinieron a la mente, entonces, las últimas palabras de Pauline en su agonía: «Tengo miedo de tener miedo». Por supuesto, eso no era algo que pudiera tranquilizar a un niño. Aunque yo considerara esta confesión como un fidedigno testimonio de verdadero valor. Le dije entonces que todos habíamos estado muertos muchos siglos antes de nacer y que no recordábamos nada malo. Eso le tranquilizó. A mí no tanto. Porque ¿quién o qué puede estar encerrado en ese cajón del que es tan difícil salir? ¿Un diablo grande y negro de ojos rojos?

¿Una chica alta cuya cara nadie alcanza a ver? ¿O unos calcetines y un par de zapatos?

Según el Tao, el máximo conocimiento al que se puede aspirar es a la intuición de algo inmenso y confuso, oscuridad de oscuridades y puerta de todos los misterios, donde se funden y confunden, sin límite ni discernimiento, todas las distinciones y denominaciones posibles, incluidas las del ser y la nada, las conjeturas de Hawking sobre la fusión de agujeros negros y su horizonte de sucesos. Sólo tenemos una certeza. Vivimos en permanente estado de emergencia, como corrobora el rótulo en la puerta de mi habitación de hotel:

En caso de incendio, comunique rápidamente a Recepción la situación del fuego. Mantenga la calma. No grite, ni corra. Si se prende su ropa, tiéndase en el suelo y ruede. Si hay humo abundante, gatee. Abandone su habitación cerrando la puerta. La escalera más próxima está a 18 metros a derecha izquierda y otra a 15 metros a izquierda derecha. No utilice los ascensores y, si las salidas estuvieran bloqueadas, permanezca en la habitación, colocando ropas húmedas en las ranuras de las puertas. Hágase ver por la ventana...

O teletransportémonos por la pantalla del televisor.

Un sábado 24 de abril de 1993 en Perpignan, estaba solo en la habitación de otro hotel. Vendrían a buscarme para presentar una película que había realizado uno o dos años antes. Hasta allí me había traído en su coche el director del

festival que, un año o dos después, morirá con su mujer en la carretera. Pero él no lo sabía y yo tampoco.

Son las siete menos veinte de la tarde. Fuera, hace sol. Antes llovía. Hacía viento y frío. Ahora, calor. El soplo metálico del aire acondicionado me sugiere el zumbido de una avispa. Enciendo el televisor y, en extraña sintonía, veo en la pantalla una de esas historias de terror que, más allá del bien y el mal, nos depara la Naturaleza.

En esta ocasión, la protagonista es precisamente una avispa. La avispa clava su aguijón a una cucaracha y la anestesia, le corta las antenas para que pierda todo sentido de la orientación, la arrastra y la introduce en un agujero, pone un huevo en el cuerpo de su víctima y, no sin antes haber obstruido la salida, se va. Cuando la larva nace, se alimenta de la cucaracha hasta dejar el caparazón vacío y convertirse en avispa. Desatranca la salida y, zumbando como el aire acondicionado de la habitación del hotel, echa a volar.

No es necesario recurrir a diablos negros de ojos rojos, ni a chicas tan altas que nunca alcanzaremos a verles la cara, ni a pérfidos seres de otras dimensiones. Avispados individuos tratan a sus congéneres como cucarachas. Los vacían por dentro para poner sus huevos. Según Diderot, en su versión soñada de la caverna de Platón, ellos son los reyes, ministros, sacerdotes, doctores, apóstoles, profetas, teólogos, políticos, granujas, charlatanes, ilusionistas y el elenco entero de mercaderes de esperanzas y temores que nos hipnotizan y encadenan con nuestra aquiescencia para, haciéndose pasar por nuestros semejantes, apropiarse de nuestra voluntad con seductoras imágenes y falsas palabras.

Conocí una vez a un individuo que creía que el mundo era como él creía que era y no como creían los demás. Las personas y las cosas sólo cobraban vida cuando él las veía y, más allá de su entorno, dejaban de existir. Nuestro hombre vivía en una burbuja. En realidad, todos éramos burbujas flotantes, como pompas de jabón. Pero sólo él lo sabía.

Otro creía que la sombra sembraba el cuerpo y que el cuerpo crecía, de la sombra a la mirada, como si subiera cuesta arriba para, de repente, decrecer como si bajara cuesta abajo hasta volver de la mirada a la sombra. Sin dejar más rastro ni huella que un aliento en el aire.

Los más consecuentes damos por supuesto que somos el azaroso resultado de una carrera de espermatozoos. Hay creencias que no requieren fe. Y hay recuerdos que ni siquiera nos pertenecen. Basta una pluma y un tintero para recomponer un remoto acontecer y conferirle vida.

Veo, por ejemplo, a mi padre aprendiendo a montar en bicicleta. Un 25 de noviembre de 1916, según lo consignó en su agenda el día en que cumplía dieciocho años, cuando todavía trabajaba en Correos. Antes de ejercer como catedrático de francés. La bicicleta no era suya. Sino de un cartero llamado Francisco Achaíta que le sujetaba el sillín para que no diera bandazos. Así lo cuenta y todo vuelve a suceder conforme tecleo en el ordenador. No importa que se trate de un pasado ajeno y lejano, y que yo no sepa quién era el cartero Achaíta ni qué aspecto tenía mi padre a sus dieciocho años, ni conozca el lugar donde sucedió. Mi mente confiere a los hechos ostensible realidad. Los recuerdos ruedan en la memoria como bola en una ruleta sin crupier y la bola va a caer en un cajón. Lo abro. No encuentro

a ningún negro diablo de ojos rojos ni a ninguna mujer alta a la que nadie pudiera verle la cara. El cajón está vacío y, en su interior, el tiempo no pasa. Los actos y los pensamientos no tienen ni antes ni después. El ayer y el hoy son un ahora eterno. Nada consigo ver ni oír hasta que, de pronto, suena un teléfono. Un 2736375. De pared como los de antaño. Descuelgo. La ambulancia vendrá enseguida, me informan.

Nunca debí dejar que se lo llevaran. Yo tenía su mano en la mía y, en esos momentos, él sentía una calma total, eso dijo. Mi padre era un hombre meticoloso y, como si lo tuviera previsto, se estaba muriendo el día de su cumpleaños. Un mismo día de otro noviembre en que el cartero Achaíta le enseñara a andar en bicicleta.

En el trayecto, no solté su mano. Al llegar, nos separaron y no volví a verlo hasta que lo depositaron empaquetado en las dependencias mortuorias del hospital. Nunca debí abrir ese cajón.

De improviso, vislumbro al fondo una postal en la que mi padre, antes de emprender un viaje por mar, se despide de sus hijos y envía caricias para Fausto, su perro. De hirsuto y pelirrojo pelaje, fue su último y fiel compañero. Treinta y tantos años después, la postal adquiere el carácter de un póstumo adiós. En la oquedad de aquel cajón vacío, lo real deviene imaginario al recordarlo. O viceversa. Veo a mi padre, con su perro pelirrojo a los pies, y oigo el incesante tecleo de su vieja Remington que llega a mis oídos como el torpe galope de un caballo percherón cuyos cascos pisotearan los días del pasado.

Mi padre, con bufanda y mitones en casa, rellenando con lápiz rojo sobre la mesa del comedor el avance aliado en el

mapa de la Segunda Guerra. Mi padre, con bufanda y mitones en su despacho, escribiendo en la Remington su novela del África austral. Mi padre poniendo al día el fichero de sus libros u ordenando las monedas antiguas de su colección. Los dedos de mi padre sacando del monedero de cuero la calderilla para pagar al cobrador del primer autobús de dos pisos que circuló por Madrid y nos condujo desde la calle Narváez hasta la Moncloa, ida y vuelta, para que yo viera la ciudad desde lo alto. Mi padre llevándonos de la mano a mi hermana Sylvia y a mí, a través del Retiro, hasta el Liceo Francés de Marqués de la Ensenada en cuyo Instituto él trabajaba de bibliotecario, antes de recuperar la cátedra que le arrebataron tras la guerra. Mi padre el día en que creyó haber perdido la memoria porque no recordaba que habíamos pasado el verano en Veriña, y se asustó mucho. Mi hermana y yo nos asustamos también.

Esto sucedió en el dormitorio de Sainz de Baranda 20, donde mi madre, que ya no vivía con nosotros, había pintado mi pupitre de azul. Mi padre no se acordaba del verano pasado con mi hermana Sylvia y conmigo en un hostel con merendero al borde del río. Yo tenía doce años. Sylvia, ocho. Veriña está en las inmediaciones de Gijón. El hostel se llamaba Venecia. El río, Aboño. Me bañaba, pescaba anguilas con un cordel, cazaba pájaros con la escopeta de aire comprimido y remaba río abajo hasta el puerto del Mysel.

Las anguilas eran fáciles de pescar. Lo tragaban todo. Bastaba atar cualquier cebo al cordel y dejarlo hundirse hasta el fondo de lodo. También pescaba con caña y, en una ocasión, sentado en lo alto del muelle ante el costado